

TIBERIO Y AGRIPINA

IV

TIBERIO Y AGRIPINA

I

CON la muerte de Germánico, y el proceso contra Pisone, empieza aquel tétrico período que había de pasar a la historia con el nombre de «tiranía tiberiana». En éste, la famosa ley *de majestate*, no aplicada bajo Augusto toma fuerza y flagela a Roma, a sangre con los escandalosos procesos, las atroces denuncias, las condenas crueles, los suicidios desesperados, la ruina y la infamia para tantos ilustres personajes.

De estos procesos, de las denuncias que los promovieron, de las crueles condenas en que terminaron, hace responsable la historia de veinte siglos a la cruel y suspicaz tiranía del hijo de Livia, que sólo toleraba a su alrededor siervos y sicarios, y al que todo recuerdo de la anti-

gua libertad romana habría hecho sombra y fastidio. Y, sin embargo, ¡cuán lejano es de la verdad este juicio! ¡Cuán mal ha entendido la posteridad, superficial y ligera, la terrible tragedia del gobierno de Tiberio! Se olvida siempre que Tiberio fué el segundo *princeps* o presidente después de Augusto; esto es, el primero que, después del fundador, tuvo que regir la nueva y un poco extravagante carga suprema de la república, sin el prestigio y el respeto que aseguraban a Augusto la extraordinaria fortuna de su vida, la universal opinión de que él había terminado la guerra civil, vuelto la paz al atormentado imperio, salvado a Roma de la ruina suprema que la había amenazado por parte de Egipto, Cleopatra y la locura de Marco Antonio. Este prestigio y este respeto habían contenido, mientras Augusto vivió, la envidia, los celos, los odios contra la nueva autoridad de la aristocracia romana, que de ésta se trató siempre que la sufría por necesidad de Estado, pero considerándose siempre como humillada y despojada de una parte de sus privilegios por aquella autoridad. Pero estas envidias, estos celos, estos odios—lo he dicho ya; pero conviene repetirlo porque es el punto capital para comprender la historia del primer imperio—se desencadenaron ferocísimos cuando Tiberio fué elevado al imperio.

¿En qué situación se encontraba Tiberio des-

pues de la muerte de Germánico? Es necesario entender bien este punto, si se quiere comprender el encono de las acusaciones de lesa majestad y el modo con que el segundo emperador trató y gobernó a su familia. El *princeps* era entonces la voluntad motriz y el genio regulador de todo el Estado; de las finanzas, de la anona, del ejército, de la guerra y de la paz. Todas las clases sociales, de todas las partes del imperio, recurrían a él en todas sus dificultades o peligros, por cualquier agravio o desgracia. De él esperaban las legiones la regularidad de la soldada; la plebe de Roma, el grano abundante; el Senado, la seguridad de los confines y la paz civil; las provincias, la justicia; los soberanos aliados o vasallos, aquella ayuda sin la que ya no podían gobernar. Estas responsabilidades eran tantas y tan graves, que Tiberio, como Augusto, se esforzaba para que el Senado se decidiera a ayudarle, asumiendo la parte que le correspondía según la antigua constitución, pero inútilmente, pues el Senado se excusaba dejándole la parte más gravosa. ¿Es concebible que un hombre pudiera bastar a tanta responsabilidad, en tiempos en que las tradiciones del nuevo gobierno empezaban apenas a delinearse, de no estar sostenido por una gran autoridad personal y ser objeto de un profundo y universal respeto? Augusto había podido, por espacio de más de cuarenta años, gobernar con tan escasos medios

un tan gran imperio, porque, por fortuna suya y del imperio, había gozado de este profundo, sincero y universal respeto. Tiberio, que era ya muy impopular cuando asumió el poder, se había enajenado todavía más el favor público en sus seis primeros años de gobierno, a pesar de sus esfuerzos y de su celo infatigable para gobernar bien. Su solicitud por mantener cierto orden en el estado era considerada como soberbia y aspereza; sus escrúpulos, para no dilapidar en gastos inútiles las escasas entradas del erario, como avaricia; su prudencia, que había frenado las temerarias expansiones y agresiones de Germánico, allende el Rin, como envidia y torva malignidad. Y ahora era acusado en voz baja, porque el destino había herido a Germánico, por muchas grandes familias de Roma, en los círculos senatoriales, de haber envenenado por celos a su sobrino, a su hijo adoptivo, al popularísimo vástago de Druso, al hijo de Antonia, que era su más fiel amiga! Pero acreditada y puesta en circulación aquella patraña por las grandes familias de Roma, propagada por el imperio, ¿con qué autoridad hubiera podido un emperador, acusado de un tan horrible delito, mantener todavía la disciplina en el ejército, del que era jefe; el orden en la plebe de Roma, de la que como tribuno era el gran protector; dirigir, estimular, frenar al Senado, del que era, como diríamos ahora, el presidente? La pobla-

ción italiana, de la que salían el ejército y las magistraturas del imperio, no consideraba todavía al jefe del Estado tan superior a las leyes, que le fuese permitido cometer delitos.

Ningún historiador que conozca las cosas del mundo en general, y en particular el primer siglo del imperio, atribuirá los rigores de la *lex de majestate*, que siguieron a la muerte de Germánico y al proceso de Pisone, a la supuesta tiránica crueldad de Tiberio. Estos rigores fueron la respuesta al delirio de calumnias que arreció en la aristocracia, y especialmente en casa de Agripina. Creyendo demasiado a Tácito, muchos escritores han servilmente marcado de infamia la facilidad y la severidad con que el Senado condenaba a los acusados por la *lex de majestate*; pero todos sabemos que el Senado de Roma no se componía, ni aun en aquellos tiempos, solamente de aduladores y de siervos, que todavía eran numerosos los hombres de inteligencia y de carácter. Esta severidad se explica mucho menos románticamente, admitiendo que muchos senadores juzgaran que no podía abandonarse al emperador indefenso a la frenética maledicencia de las grandes familias; porque estas calumnias insidiosas amenazaban al prestigio y fama del jefe. y, como consecuencia, a la tranquilidad y potencia del imperio. Pero la *lex de majestate*—se dice—hecha para defender el prestigio del Estado en los magistrados que lo

representaban, se convirtió a su vez en órgano de falsas acusaciones, de venganzas personales, de horrendas injusticias. Es verdad; pero es preciso andar con tiento al acusar a Tiberio. El mismo Tácito, más de una vez, nos presenta al emperador interviniendo en procesos *de majestas* en favor del acusado, precisamente para impedir venganzas e injusticias. De otros muchos procesos tenemos relaciones demasiado sumarias y demasiado parciales para aventurar juicios.

En cambio es cierto que, después de la muerte de Germánico, los amigos del muerto y de Agripina empezaron una guerra implacable contra Tiberio, y que el llamado tirano fué en un principio muy débil, incierto y vacilante en combatir la nueva oposición. Esta no respetaba su persona; lo perseguía encarnizadamente con la calumnia del maleficio, se esforzaba en difundirla y acreditarla y ya ponía delante para oponérselo en su día a Nerón, primogénito de Germánico, que en el 21 d. de J. tenía catorce años. Con todo, Tiberio trata al principio de moderar las acusaciones de lesa majestad, suprema defensa suya; finge no saber y no sentir, empieza a pasar largas temporadas fuera de Roma, abandonando casi a sus enemigos y a sus calumnias la capital donde residía la guardia pretoriana. De todos sus enemigos el más implacable era la apasionada, la vehemente, la irrazonable Agripina, que, abusando de su parentesco, de su des-

ventura, no dejaba escapar ocasión alguna para echar en cara a Tiberio su pretendido delito, no con palabras, sino con escenas y actos que conmovían al público todavía más que las abiertas acusaciones. Se hizo famosa en Roma una cena a la que Tiberio la había invitado, y en la que ostentosa y obstinadamente se negó a probar bocado de ningún plato, ¡bajo las miradas de asombro de los convidados, que comprendían perfectamente lo que significaba aquella actitud! Y, sin embargo, Tiberio no opuso a estas calumnias y afrentas más que un silencio disgustado y resignado o, a lo sumo, cuando verdaderamente no podía más, algún amargo y conciso reproche.

II

No cabe duda que Tiberio se propuso desde un principio rehuir cuanto le fuera posible los medios demasiado violentos, no atreviéndose él, tan impopular y mal comprendido, a enconar sus diferencias con tan gran parte de la aristocracia y con su misma familia. Además, Agripina era, entre las mujeres de la familia, la menos inteligente; él podía con paciencia tolerar su loca aversión, puesto que Livia y Antonia, las dos mujeres serias de la familia, estaban a su lado. Pero es fácil comprender que esto no podía seguir adelante por mucho tiempo. Un poder

que no se defiende se debilita. El partido de Agripina hubiera logrado, sin duda, favor y poder si al lado del indeciso Tiberio no hubiera aparecido, para sostenerlo, el comandante de la guardia pretoriana Sciano. Sciano no era ni siquiera senador. Nacido de una obscura familia de caballeros, no era más que comandante de la guardia, y en tiempos ordinarios hubiera permanecido en la sombra confundido entre los personajes secundarios, atento a los deberes de su cargo, que era militar solamente. El partido de Agripina, sus intrigas, la debilidad e incertidumbre de Tiberio, hicieron de él por un cierto tiempo una potencia. No es difícil comprender cuáles fueron los principios de esta potencia. La fidelidad de la guardia pretoriana, de la que dependían la seguridad y la firmeza de la autoridad imperial, era una de las cosas que más a pecho había de tomar Tiberio, cuando más insidiosamente lo acusaba el partido de Agripina. Viviendo en Roma la guardia, habían de enterarse sus cohortes, entre las cuales la memoria de Druso y de Germánico era veneradísima, de todo cuanto se decía del emperador y de su familia en los círculos senatoriales o en palacio. Si la guardia se convencía de que el emperador era un envenenador, que había hecho asesinar al hijo de Druso, podía vacilar su fidelidad. Por esto, un comandante de confianza era un hombre que había de ser escuchado atentamente por Tiberio.

Sciano supo inspirar esta confianza, en parte tal vez por su origen, ya que la orden ecuestre, por su antigua rivalidad con la nobleza senatorial, era más favorable a la autoridad imperial; en parte por ciertas reformas que supo introducir en la guardia pretoriana.

Conquistada la confianza del emperador, el ambicioso e inteligente prefecto del pretorio no tardó, aprovechando los momentos, en hacerse necesario para todo. Aumentaban en Tiberio el cansancio, la desconfianza, el disgusto de Roma, de la nobleza, de los hombres a los que había de gobernar; primeros accesos de aquella melancolía, que fué agravándose poco a poco por efecto de los grandes contrastes, de las infinitas amarguras, de los continuos temores y sospechas, y tal vez también un poco por el abuso del vino, si es verdad, como nos cuenta Suetonio, que Tiberio tenía el vicio de beber demasiado. El hombre que durante tanto tiempo lo había hecho todo por sí, que no había querido nunca consejeros ni confidentes, tenía ahora, al envejecer, necesidad de apoyarse en una voluntad más firme. Pero de su familia no podía contar más que con su hijo Druso, convertido por entonces en un hombre serio y digno de confianza, y para el que, en efecto, pidió al Senado, en el 22, la potestad tribunicia, haciéndolo su compañero. Pero, puesto que Druso no bastaba, pudo Sciano convertirse, si no oficialmente, de

hecho, en el primero y más activo y mejor escuchado consejero, en unión de Druso, probablemente más activo y escuchado que éste, pues Druso estaba frecuentemente cumpliendo alguna misión en los confines del imperio, mientras que Sciano estaba casi continuamente en Roma, en donde, en cambio, apenas si aparecía el emperador.

Así había nacido la anómala potencia en Roma de este caballero que no había ejercido ninguna magistratura; potencia que era hija de la debilidad de Tiberio y de las discordias de la aristocracia; potencia que había de ser funesta, sobre todo al partido de Agripina y de Germánico. Si bien se aseguraba que Sciano y Druso no se miraban con buenos ojos, es manifiesto que Sciano, como hombre de confianza de Tiberio, había de dirigirse contra los amigos de Agripina, de los que partía la más fiera oposición. Pero en el 23 también Druso, como tantos otros de su familia, moría prematuramente, a los treinta y ocho años, sin que nadie, al menos por lo pronto, hablara de veneno, y esta inesperada desventura, que hería a Tiberio de un vivísimo dolor, pareció por de pronto reconciliar a Tiberio y al partido de Agripina, con perjuicio de Sciano. Desaparecido su hijo, ¿entre quién sino entre los hijos de Germánico y de Agripina podría Tiberio, de no querer salir de la familia, buscar su sucesor? Y, en efecto,

Tiberio—otra prueba de que deseaba evitar en lo posible los conflictos en el seno de la familia—no vaciló un momento, no obstante las molestias y dificultades que le habían proporcionado Agripina y los suyos, en reconocer que en los hijos de Germánico estaban entonces puestas las esperanzas de la familia y de la república.

Después de la muerte de Druso, la familia de los Césares podía reconciliarse consigo misma, porque la rivalidad entre la estirpe de Tiberio y la de Germánico había desaparecido. Y un rasgo de concordia parece en verdad haber brillado, entre las lágrimas por la muerte de Druso, sobre la casa desolada por tantas tragedias, mientras Sciano, cuya potencia era hija de las otras discordias, es por un momento apartado. Mas por poco, que pronto la discordia volvió a arder. ¿De quién fué la culpa? ¿De Sciano o de Agripina? Tácito culpa a Sciano, al que acusa de haber querido destruir la descendencia de Germánico para usurpar su puesto; pero él mismo tiene después que admitir en otro lugar (ann. 4, 9) que en torno a Nerón, el mayor de los hijos de Germánico, había toda una pequeña corte de libertos y de clientes, instigándole contra Tiberio y contra Sciano y exigiéndole que se decidiera pronto, ya que—le decía—otra era la voluntad del pueblo y el deseo de los ejércitos. Ni Sciano, que ahora se burlaba de la paciencia del viejo y de la lentitud del joven, se